

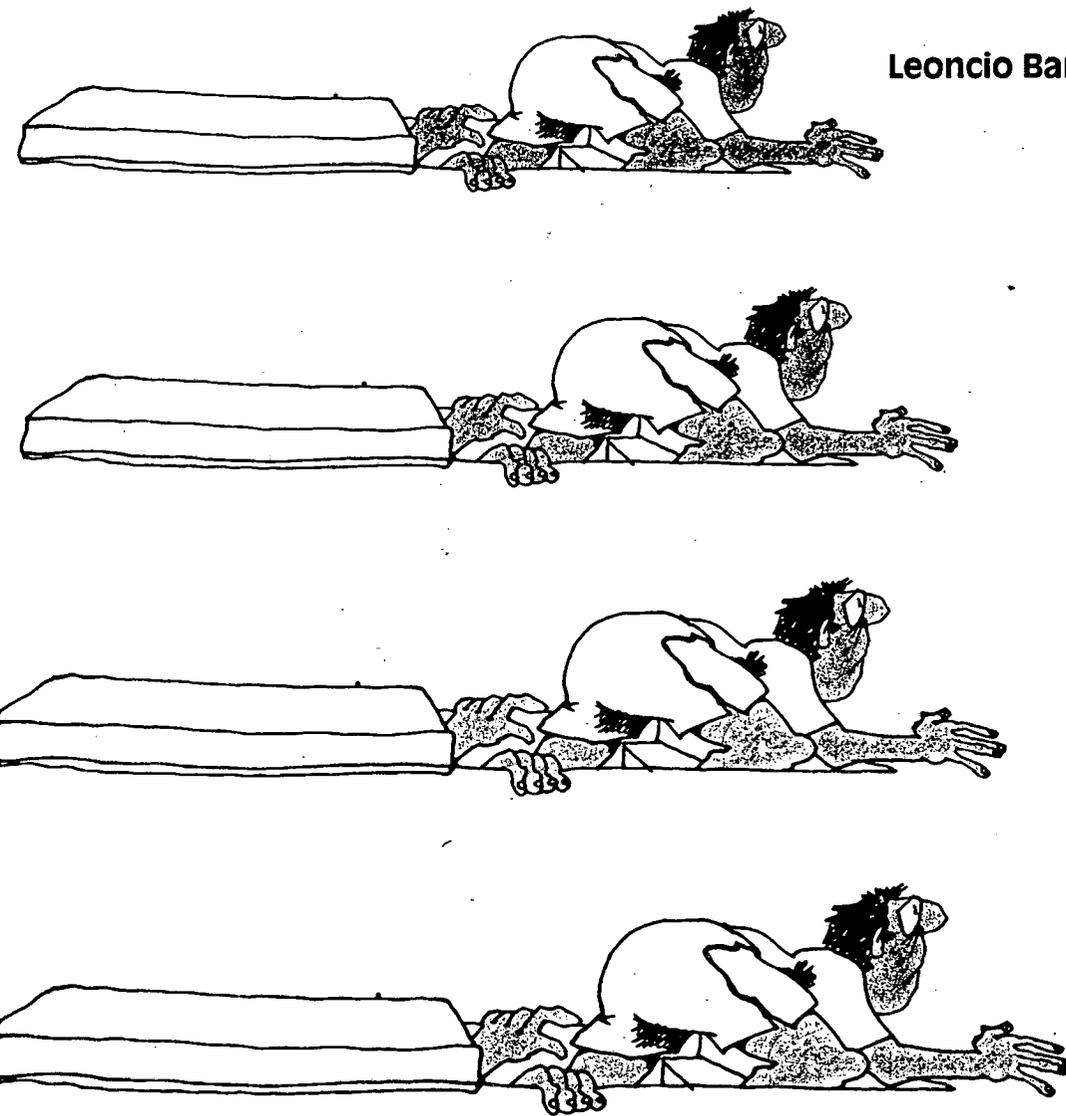
(Re) presentación de las «minorías» sociales en los medios

Leoncio Barrios*

RESUMEN

El problema de las minorías en los medios ha sido poco investigado en Venezuela. Sólo contamos con investigaciones parciales que, aún cuando incluyen planteamientos con plena vigencia, otros ya han sido superados, precisamente porque es un problema que ha cambiado en los últimos treinta años, quizás más que en toda la historia que le antecedió. Por ello, lo que se propone el autor en este artículo es ofrecer una serie de reflexiones sobre el tema, o los temas que implican la revisión del concepto, sus consecuencias, particularmente en lo que se refiere a la discriminación, para luego considerar la presencia de estas minorías en los medios, el tratamiento que éstos hacen de ellas y cerrar con la consideración de una opción ineludible en estos tiempos de cambio: la tolerancia.

The minorities problem in the Media has been one of less research in Venezuela. We can only count on partial studies: some of them include actually in force proposals; because this problem has changed, more than even before, in the last thirty years, some others had been overcome already. This is the reason why the author offers in this article a sequence of reflexions about this theme, or about the multiple themes that involve minorities. Before considering the presence of these minorities in the Media, how the Media treat them, we are constrained, to make a new reviewing of the concept in the first place, its consequences, particularly in those things that refer to discrimination. The author ends with an unavoidable option to consider in these changing times: the tolerance.



El problema de las minorías en los medios ha sido poco investigado en Venezuela. Solo contamos con investigaciones parciales, que aún cuando incluyen planteamientos con plena vigencia, otros ya han sido superados, precisamente porque es un problema que ha cambiado en los últimos treinta años, quizás más que en toda la historia que le antecedió. Por ello, lo que me propongo en este artículo es ofrecer una serie de reflexiones sobre el tema o los temas que implican las minorías. Esto obliga a iniciar con una revisión del concepto, sus consecuencias, particularmente en lo que se refiere a la discriminación, para luego considerar la presencia de estas minorías en los medios, el tratamiento que éstos hacen de ellas y cerrar con la consideración de una opción ineludible en estos tiempos de cambio: la tolerancia.

¿SON MINORÍAS, LAS MINORÍAS?

Un primer problema que se tiene al tratar el problema de las minorías, es con el concepto en sí mismo. Este término es un clásico del lenguaje funcionalista estadounidense, y se refiere a la participación social de un grupo de ciudadanos que se estima numéricamente inferior al grupo de referencia central. En el caso de los Estados Unidos el grupo de referencia se conoce bajo el término de WASP (White, Anglo-Saxon, Protestant), el cual se refiere a una raza (blanca), un origen étnico (anglosajón) y una religión (protestante). Pero a esto, en la práctica, se agregan otros rasgos relativos a la clase social (media), al sexo (hombre), e inclusive, a la orientación sexual: heterosexual. Según esta clasificación, todo aquel ciudadano estadounidense que no calce en esta estricta clasificación, pasa a integrar, las llamadas *minorías sociales*, pero esto no es solo desde el punto de vista numérico, sino también desde el cualitativo: minoría es inferior.

Así en los Estados Unidos, los indios, los negros, los extranjeros, quienes profesan credos distintos a

los protestantes, las mujeres, los que disfruten el sexo de forma diferente a la convencional, y hasta aquellos que presentan dificultades físicas o intelectuales; constituyen un colectivo integrado por las *minorías* y con ello, a pesar de la reforma al primer artículo de la Constitución de aquel país que lo define como una sociedad de iguales, todos los que no son WASP, son ciudadanos de segundo orden, al menos, en términos de acceso al poder político y económico.

En Venezuela, el concepto, por supuesto, exige una redefinición. Comenzando porque con excepción de unos pocos rasgos, algunos de los que en los Estados Unidos constituyen minorías, aquí son mayoría. Me refiero a los que no son blancos, no son protestantes y no son de la clase media. Pero, a pesar de ello, en este país, como cualquier en otro latinoamericano o del Tercer Mundo, los sectores que son mayoría (desde el punto de vista numérico), son «minoría», en cuanto al acceso al poder económico y político.

Entonces, el concepto *minoría social*, como lo usamos, se refiere más que a una cierta cantidad de ciudadanos, a una calidad de los mismos. Así, se asume como «minorías» a sectores que no son tales, como las mujeres (ya que su diferencia numérica con los hombres, estadísticamente hablando, no es significativa) y los pobres, y con ellos a quienes son las minorías reales: los extranjeros, los no católicos, los heterodoxos sexuales, los incapacitados, entre otros. Estos grupos, en consecuencia son objeto de trato social especial, por decir con cierta elegancia, desventajoso. Ser miembro de un grupo minoritario es ser ciudadano con desventajas sociales, término que parece describir más precisamente a los sectores sociales que referimos en este artículo y que, por tanto, son víctimas de discriminación.

MINORÍA = DISCRIMINACIÓN

Un concepto, pero más que un concepto una práctica asociada a la relación con las minorías, en cual-

quier parte del mundo, es el de discriminación. Los miembros de las «minorías» son tratados como inferiores por parte de la mayoría, que en la dinámica del juego democrático, decide y domina. Así el ser mujer, negro o extranjero, crea de entrada, condiciones sociales que ponen en desventaja a quien lo sea. Y, por supuesto, si se trata de la sumatoria de todos los rasgos en una persona o grupo, la desventaja se hace más fuerte. Entonces, se discrimina por muchas razones, quizás la más mencionada es por raza, pero también se hace por sexo, orientación sexual, origen geográfico y, básicamente, por condición social.

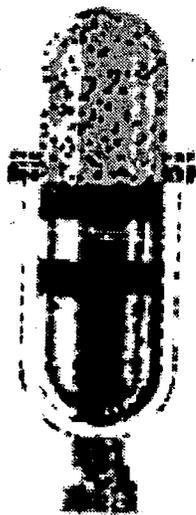
Aun así, se puede decir que en Venezuela la discriminación tiene una característica: la sutileza. Entre nosotros es usual oír que la discriminación racial no es un problema, e inclusive que no existe, y en esto pudiera haber acuerdo cuando se compara lo que en nuestro país puede ocurrir en ese aspecto con prácticas de ese tipo en otras sociedades, incluidas algunas latinoamericanas. En efecto, en Venezuela no hay la discriminación brutal que expresan sectores africanos, europeos o de los Estados Unidos, pero si se discrimina, entre otras razones por la raza. Así, al menos se observa en la práctica y lo plantea Montañez¹, quien reconociendo que aún cuando el estudio sobre discriminación racial en nuestro país está por hacerse, afirma que «...en fuentes testimoniales hemos conocido y comprendido, por voz directa de sus actores, diversas facetas de este aspecto del problema tanto del lado discriminado como del discriminador»².

Para apoyar sus planteamientos, Montañez transcribe la entrevista a un hombre de rasgos negroides quien al narrar el nacimiento de su hija, dice: «Bueno, la primera reacción al verla por primera vez fue de rechazo, no quería verla ni tocarla. Los niños todos son feos al nacer, pero no era sólo eso, sino que me sorprendió que fuera negra. Yo pensaba que iba a ser rubia... Yo soy el único que soy oscuro en mi familia, mis hermanos no».

Lo patético de la situación aumenta al pensarse que la mayoría de los venezolanos tienen rasgos de negros y, por tanto, la discriminación que se sienta hacia ellos, puede ser interpretada como endoracismo, esa capacidad de menospreciar a la propia raza. Precisamente con respecto a los negros y nuestro sutil rechazo a esa raza, en un ejercicio especulativo que me gustaría convertir en hipótesis para una investigación sobre el tema, diría que el concepto de belleza que predomina entre nosotros corresponde al de los cánones caucásicos: piel blanca, rasgos «finos», por decir «de blancos», pelo lacio u ondulado, pero en ningún caso, ensortijado, si amarillo mejor, ojos claros, estatura alta, con textura delgada.

Así, entre los venezolanos pareciera que una mujer tiene mayor probabilidad de ser evaluada como «bonita» o «bella», si tiene los rasgos señalados. Mientras que las morenas, un color que nos pertenece por lo tropical, cuando son hermosas, pudieran ser calificadas de «atractivas» y si son morenas con rasgos de negra o negra, «una negra bonita» (con tono de condescendencia) y muy probablemente «buenota», como popularmente se les llama para agregarle un componente erótico que ante las virginales blancas es más difícil expresar. No es casual que entre tantas mujeres venezolanas que participan —y ganan— en concursos de belleza internacionales, sólo son blancas las que representan a la mujer de estas tierras.

Además, pudiera ser que en este



país no haya una discriminación franca hacia los negros pero, el que la mayoría de las personas que tengan esos rasgos pertenezcan a la clase social más desposeída, hace que la discriminación de que pudieran ser objeto por raza se confunda con la discriminación por ser pobres, la cual se manifiesta más crudamente. Es tan simple como no permitirle el acceso a donde no pueden pagar. Esto ya define espacios para dos grupos claramente separados y enfrentados socialmente y en este sentido, el concepto de minoría entre nosotros, tiene una acepción contraproducente: las mayorías son minorías. Y así, por ejemplo, formar parte de los pobres, el sector socio-económico que constituye la mayoría abrumadora del país, implica ser tratado como miembro de minoría.

Y aunque la discriminación racial no sea un problema relevante para nosotros, otras minorías reales si se sienten discriminadas. Múltiples son las quejas y demandas de los sectores femeninos acerca de la discriminación que siguen enfrentando en el ámbito laboral, así como también segregadas a ciertos ámbitos y con riesgo de sanciones están aquellas personas que deciden hacer pública su orientación homosexual. Esto, a pesar de cierta permisividad social y avances sociales que la fuerza de los cambios culturales ha tenido en los últimos años para esos sectores.

Asimismo, a pesar de nuestra fama de receptivos y abiertos con los extranjeros —y de lo cual hemos dado y damos demostraciones—, también es cierto que con respecto a ellos guardamos distancia que va desde imponer limitaciones, incluyendo a los nacionalizados, hasta expresar franco desprecio hacia los provenientes de ciertas nacionalidades o regiones. Inclusive, se puede pensar que la *xenofobia* ha aumentado en los últimos años en proporción a la cantidad de migraciones de sectores pobres que hemos recibido de otros países latinoamericanos y del Caribe, con rasgos raciales más marcados de indios y negros.

Pero en este aspecto hay una ex-

presión autoritaria a destacar: no se le da el mismo tratamiento a un extranjero que sea norteamericano o europeo, que el otorgado a otro latinoamericano —mucho menos si es colombiano—, chino o trinitario, por ejemplo, considerados grupos inferiores en Venezuela. Con lo cual se deja ver que además hay discriminación entre los discriminados que conforman minorías: se es tolerante sólo con los que se perciben como poderosos.

Toda esta situación responde a un componente histórico socio-cultural, en la cual la familia, la iglesia, la escuela, la comunidad, entre otros, tienen parte de responsabilidad por ser los agentes que nos socializan de esa manera, los medios de comunicación, como reflejo y parte de ese modo de ver la realidad, aportan su contribución.

LAS MINORÍAS EN LOS MEDIOS

El hacer un pasaje por las imágenes que los medios transmiten de los grupos sociales, obliga a referirse a dos conceptos claves dentro de la psicología de la comunicación: estereotipo y estigma. El primero se refiere a la tendencia a atribuirle a todos los miembros de un grupo las características que son de algunos, y el segundo, a continuar atribuyendo ciertos rasgos o condiciones a un grupo o persona aun cuando lo hubiera superado. Así, las minorías (aunque no sólo ellas) suelen ser mostradas por los medios en forma estereotipada y estigmatizada. Al respecto, Gebner y Signorelli³, a través de su estudio sobre indicadores culturales, se han detenido en la presencia de las minorías en los Medios, encontrando lo que llaman una «demografía perversa de la televisión», al representar un mundo donde hay una participación desproporcionada de hombres, solteros, blancos, de clase media y alta, de mediana edad, en quienes recaen los roles protagónicos de la sociedad, en desmedro de otros grupos sociales.

Aun cuando en Venezuela no contamos con una investigación se-

mejante, se podrían hacer algunos comentarios con respecto a los grupos que hemos referido, con base a observaciones no sistemáticas.

Así, al observar la imagen que predomina de las mujeres se encuentran cambios con respecto a los patrones tradicionales. La imagen casi exclusiva de mujer hermosa, sumisa, cautivadora, pasiva, dependiente, dedicada al hogar y a los hijos, entre otras características, ha sido sustituida, al menos parcialmente, por la de una mujer más activa social (y sexualmente), independiente, inteligente, decidida -como diría una cuña publicitaria para referirse a la «mujer de hoy»- aunque sigue siendo «hermosa», «cautivadora» y «maternal», por fortuna de unos cuantos. Esto ha hecho que los planteamientos de grupos feministas de los años 70, junto a la fuerza de los cambios de la realidad, se hayan convertido en un importante logro social. Y hoy, aún cuando siga haciéndose uso comercial y estereotipado de la imagen femenina, ésta se acerque más a los tiempos y a la realidad.

También ciertos cambios en imagen a través de los medios ha habido con otro grupo minoritario: los homosexuales. Por un lado, debido a la permisividad social que todavía en países como Venezuela se ha producido hacia esos grupos como consecuencia del llamado movimiento de liberación gay, y por el otro, debido a la mortal epidemia de VIH-SIDA, que ha atacado fundamentalmente a homosexuales en todo el mundo, atrayendo la atención de la opinión pública hacia ellos.

Sin embargo, habría que hacer una diferenciación con respecto a cómo diferentes medios, tratan a los miembros de este grupo. La radio y el cine se muestran discretos y hasta respetuosos en el tratamiento del tema, permitiendo conocer facetas del mundo homosexual, como en «Maurice», «El vestidor», «El diputado», «Matador», «Filadelfia», entre las numerosas películas sobre el tema producidas desde los años 70 para acá. Pero cuando se trata de noticias de prensa o programas producidos para la televisión, sigue pre-

dominado el viejo estereotipo, que permite un tratamiento tendencioso y vulgar. En la prensa y canales populares de televisión, los homosexuales siguen siendo representados por mujeres hombrunas y hombres amanerados, travestis, depravados, referidos en forma descalificadora, «zoquetes» y «locas», sirviendo estos Medios de voceros de la homofobia que caracteriza a nuestra cultura, o simplemente, como dijera De Santis (1983) «la industria cultural explota a la homosexualidad en cuanto se convierte en moneda corriente».

Una expresión de esta homofobia se produjo a principios de 1996 en Caracas, cuando en una ocasión los dos principales canales de televisión «coincidieron» en transmitir películas donde de alguna forma aparecía la temática homosexual («Fresas y Chocolate» y «Un amor diferente»). Inmediatamente hubo una reacción expresada, básicamente, en la prensa de repudio a que ese tema se hiciera público. Argumento como el que, aquello constituía una «apología a las desviaciones sexuales», y que nuestra juventud se estaba exponiendo al peligro de la homosexualidad, sirvieron para amparar a la homofobia colectiva.

Esa homofobia se ha hecho sentir también con el tratamiento que algunos medios han dado a la epidemia de VIH-SIDA por su asociación con los homosexuales. Pero también hay que reconocer que precisamente por esa epidemia, el tema de la homosexualidad ha aparecido públicamente, dando cabida a abordajes serios y comprensivos. Inclusive, se podría pensar que la epidemia ha tenido un doble efecto: por un lado aumentar la homofobia, y por el otro, sectores de la audiencia se han hecho más tolerantes con los homosexuales, por ser de ese grupo la mayoría de las víctimas.

Pero la presencia y el papel de los negros en los medios no ha corrido la misma suerte que otras representaciones de minorías. Esto, probablemente, porque el status social de ese grupo no ha tenido los cambios radicales de los otros sectores, al menos

en Venezuela. Se pudiera decir que los negros, cuantitativamente, ocupan un espacio proporcional a su cantidad en el país pero cualitativamente siguen representado roles que refuerzan el estereotipo negativo que se tiene de ellos. Así, encontramos que los negros suelen aparecer realizando oficios de servicio (mucamas, choferes, mesoneros), policías, malandros o delincuentes, por lo general pobres, o en papeles que son menos despectivos pero igualmente estereotipados: musicales, cómicos, sexys. Al respecto, Virgüez, realizó un trabajo sobre la presencia de actores negros en la televisión venezolana donde reporta entrevistas a ejecutivos de plantas televisivas donde se dice, por ejemplo: «una telenovela encabezada por actores negros sería un fracaso...no se puede arriesgar tanto dinero, tantos millones, con actores negros, es un riesgo que no podemos correr»⁵.

Inclusive, el propio Virgüez ha vivido esto en su condición de actor. En una de las telenovelas de más éxito en la televisión venezolana de principios de los noventa, y posiblemente de la historia de ese género en el país, «Por estas calles», a él le tocó hacer de pareja co-protagónica con otra actriz de rasgos negroides, y ambos representaban habitantes de barrios populares, mientras la pareja protagónica era blanca. Por razones de la trama, por falta de fuerza de los personajes o falla o aciertos de los actores, no importa lo que haya sido, la pareja protagónica nunca tuvo la fuerza que le correspondía mientras que los co-protagonistas tomaron



cada vez más vuelo hasta hacerse los personajes centrales de la telenovela, pero siguieron siendo los co-protagonistas hasta el final. Probablemente por sus características físicas no pudieron -quizás tampoco podrán próximamente- convertirse en protagonistas, a no ser que representado papeles que reproduzcan su condición de ciudadanos de segunda clase, es decir, pobres.

Una situación semejante de estereotipo negativo ocurre con los grupos extranjeros que por lo general dramatizan en la televisión venezolana. Con muy pocas excepciones, su aparición es distinta a la humorística, surgiendo el riesgo de una burla socialmente aceptada. Por lo general se trata de portugueses, españoles (casi siempre destacando su origen regional: gallegos), italianos, colombianos y argentinos. Nacionalidades que representan las migraciones con las que el venezolano urbano tiene que lidiar en la cotidianidad y a los cuales hacen ver despectivamente a algunos como torpes, otros como tramposos, otros como pedantes.

El panorama anterior, asumido como aproximado a lo que sucede, nos permite llegar a una conclusión: El papel de los medios con respecto a las minorías va al compás de los acontecimientos sociales. Por un lado, continúa predominando el uso de estereotipos, básicamente negativos, de las minorías, y, por el otro, en algunos aspectos, los medios parecieran ser más permisivos y tolerantes que otras instituciones sociales al incorporar los cambios que las minorías van logrando.

LA TOLERANCIA IMPOSTERGABLE

No se puede concluir un artículo sobre el tratamiento social a las minorías sin hacer referencia a las actitudes y conductas que es necesario generar con respecto a ellas y que se recogen en un término: tolerancia. Se trata de que tanto a nivel individual, social y nacional se eduque para la aceptación del otro, la superación de primitivas actitudes endógenas que nos hacen pensar que lo



que sea como nosotros y nuestros semejantes «está bien» y, por tanto, todo lo distinto «está mal».

«Separados pero iguales» fue un principio -o suerte de falacia- que inspiró al movimiento separatista racial hasta mediados de siglo en los Estados Unidos -el paradigma de la democracia moderna-, bajo el supuesto que aun cuando negros y blancos estuvieran separados en sus zonas de residencia, las escuelas, las iglesias y los asientos en los transportes públicos, eran iguales ante Dios y ante la Ley. Hoy, esa misma sociedad, en llamados a la tolerancia generados al calor de los movimientos de liberación de las minorías, postula un «Diferentes pero iguales». Con esto se asume que se está ante una sociedad diversa, heterogénea, pero que en términos de Ley y el disfrute de las prebendas sociales, todos los grupos están en igualdad de condiciones. Así, la discriminación habría dado paso a la tolerancia.

Y en efecto, parte de la madurez de la democracia está en la igualdad a pesar de las diferencias, es decir, el ejercicio de la tolerancia. Al menos así lo es en principio, sobre el papel y en la práctica de algunos sectores. Pero los avances en ese sentido no han sido homogéneos y en esta cruzada de liberación que hemos presenciado en estos últimos treinta años del siglo XX, más aceptación han logrado las mujeres y los «gays», que los negros y las minorías extranjeras.

Esto no es sólo en Venezuela como se señaló en el aparte anterior, sino en otras partes, las más, del mundo. Al menos así se ve en las

imágenes que las agencias de prensa han enviado al mundo donde la policía californiana (la tierra de la tolerancia estadounidense, como ellos mismos la conciben) apalea a un chofer negro y a unos inmigrantes mexicanos. Estos son sólo los episodios que la cámara captó, las otras innumerables palizas y formas de discriminación -a pesar de diferentes pero iguales- sólo la sabrán los protagonistas y los testigos mudos.

Y es que la universalidad del mundo actual pudiera hacernos pensar que ahora es más fácil ser tolerante -y quizás lo sea en algún sentido-, pero al mismo tiempo esa expansión cultural, en la cual los medios tienen un aporte fundamental, ha generado sentimientos etnocéntricos que se manifiestan dramáticamente en los conflictos separatistas o nacionalistas que diariamente se presentan en Europa, Asia y África. Y señalo tres continentes para no mencionar las decenas de naciones que se desangran por la intolerancia.

Pareciera, entonces, que la creación de la aldea global que estamos presenciando, exige de una intensa labor educativa -en la cual los medios tienen un papel fundamental- que nos haga más tolerantes ante la diversidad, las diferencias y ante los cambios que, si bien son propios de la humanidad, indudablemente en nuestros tiempos se han hecho mucho más marcados.

NOTAS

1. Montañez, Ligia (1993). *El racismo oculto en una sociedad no racista*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos. pp. 162.
2. Ibidem, pp. 125.
3. Gerbnér, George y Signorelli, N. (1979). *Women and minorities in television drama 1969-1978*, The Annenberg School of Communications, University of Pennsylvania.
4. De Santis, José (1983). *La homosexualidad en Venezuela*. Trabajo de licenciatura S/P. Escuela de Comunicación Social, U.C. V. Caracas, pp. 108.
5. Virgüez, Franklyn e Iribaren, X. (1991). *En la televisión a colores, el negro no se ve*. Trabajo de licenciatura S/P. Escuela de Comunicación Social, U.C. V. Caracas, pp. 49.

* Psicólogo social. Doctorado en Educación para la familia, trabaja como profesor e investigador en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela.